

que no puede dejar de ser; lo que no hubiera podido ser de otro modo. El médico, educado en el altruismo más puro, en la más sublime abnegación, en el más desinteresado desprendimiento, en la práctica del bien a todo evento, defiende a todas horas, en todas partes y contra todos los ataques, aquello que cree justo, razonable y bueno. El médico, acostumbrado al sacrificio, acude, sin ser llamado, a la defensa heroica de todas las causas que considera justas. El médico, por el hecho de no alojar en su corazón otros sentimientos que los del bien, camina por todas partes confiado y tranquilo, sin pasársele por la imaginación, que pueda haber en el mundo almas tan ruines que, cobarde y traicioneramente, puedan ser ejecutoras del mal. Por estas razones, el infortunado compañero ingresó voluntariamente en la comisión de ciudadanos que se había hecho cargo de la defensa de una causa, a su modo de ver, justa.

El criminal, si dirigió sus tiros contra el médico, lo hizo por... hábito, por inconsciencia, por la arraigada costumbre que en la Humanidad existe, de dirigir sus golpes contra aquel, en cuyas manos está encomendada la defensa de su propia vida. El médico es un ser que de nada se queja; el médico no protesta; el médico lo aguanta todo; el médico es hombre que reacciona poco contra las ofensas que se le infieren; el médico está solo; el médico es un ser tan indefenso, que no cuenta ni con la defensa de la colectividad profesional a que pertenece. Pues... ¡duro contra el médico! Los restantes individuos de la comisión, unos por ser ricos, otros por ser influyentes, otros por no tolerar imposiciones, otros... por ir prevenidos, era lo cierto que el hecho de dirigir contra ellos una agresión, podría constituir un serio peligro. Por eso el criminal eligió su víctima. Acribillar a tiros en la calle a quien no cuenta con más elementos de defensa que un simple bastoncillo, es una hombrada que tiene poca exposición. Estos fueron los motivos que debió tener el criminal para atacar cobardemente al compañero.

Pero es que, si los médicos reflexionamos un momento, si hacemos un detenido estudio de nosotros mismos, si meditamos con calma, y después de un examen imparcial de los hechos, encargamos a nuestra propia conciencia, la emisión de un fallo equitativo y justo, entonces no podremos por menos de reconocer, que el compañero Epifanio y cuantos como él han caído víctimas del plomo o del acero de una mano alevosa..., han sido cobardemente asesinados por nosotros mismos; ¡por nuestras propias cobardías! Quienes teniendo en sus manos los medios de evitar un crimen, no los utilizan, ¡son mil veces más criminales que el propio asesino!

Este es nuestro caso. Careciendo nosotros de ese elevado concepto de propia estimación, que debiera ser inherente a todo hombre culto, estamos incapacitados para pretender que nos estime nadie; no encontrándonos ligados por un puro sen-

timiento de amor fraternal, a nadie podemos inspirar cariño: siendo unos competentísimos profesionales de la íntima y más refinada irrespetuosidad, en ningún sitio podemos inspirar respeto; constituyendo la clase social, patrocinadora por excelencia de la indefensión, carecemos de derecho a ser defendidos.

Pero aún hay más. Hasta tan... distraídos somos en ocasiones, que nos olvidamos del deber de dar las gracias a quien, a pesar de todos nuestros defectos, un sentimiento de innata bondad, le obliga a interesarse por nosotros. ¡Aún resuenan en mis oídos aquellas emocionantes palabras pronunciadas en estrados de una Audiencia, por un dignísimo representante del Ministerio Fiscal, en momento tan oportuno y solemne como era la vista de la causa del asesinato del compañero de San Nicolás del Puerto! ¡Aún no se ha borrado, ni se borrará jamás de mi imaginación, el venerable nombre de aquel ilustre y abnegado defensor de nuestra clase: de don Antonio Rodríguez Marín!... ¡Y aún no he salido de mi asombro, ni es fácil salga ya en lo que me resta de vida, al ver, con tanta desilusión como amargura, que la clase médica española, no ha tenido aún el arranque varonil de exteriorizar la más pequeña manifestación colectiva de gratitud, a quien, con protestas de indignación ante el cobarde asesinato de un bienhechor de la Humanidad, pedía, desde su elevado sitio al Gobierno, con palabra entrecortada por la emoción, fuese concedida la categoría de dignidad social al médico, en los sublimes momentos del ejercicio de su humanitaria profesión! Recordando estos hechos y estas... distracciones, ¡cómo ha de extrañarnos que nos acribillen a balazos por la espalda!

¿Creen los compañeros que no es tampoco ocasión ésta, de reverenciar, cual se merece, a aquel ilustre Fiscal, defensor nuestro, tributándole el homenaje de gratitud a que le hizo acreedor su honrada conducta? ¿No creen llegado el momento

de reparar aquel imperdonable olvido, solicitando de la acrisolada bondad de tan ilustre funcionario, nos honre con su compañía a formular ante el Gobierno aquella beneficiosa demanda que de sus labios partió? Lo reclama así el cuerpo, caliente aún, de nuestro infortunado compañero; así lo pregonan el humeante cañón de una pistola asesina, lo piden así en justicia los hijos de un padre que se les fué para siempre; lo exige, de modo apremiante, el decoro de la clase médica, para librarse de merecer el infamante calificativo de.... ¡fratricida!

Entre tanto yo, después de consultada mi conciencia, al enviar a la familia del desgraciado compañero, el más sincero testimonio de mi profundo dolor, no puedo por menos de exclamar, entre orgulloso de mi conducta, sincero por temperamento, apesadumbrado por compañerismo e., inmodesto por obligación: ¡Perdoname, Epifanio: sobradamente sabes que yo no puedo obrar como creo es mi deber: que no he podido nunca, porque nuestros compañeros me lo impiden; porque tú mismo, influenciado por ese estúpido convencionalismo social, que manda *cubrir las apariencias*, me lo impedías también cuando con tu compañía nos honrábamos!... ¡Ah!, si a mi me hubiérais dejado actuar... Pero., ¡no pude!... ¡no puedo!... ¡ya no podré nunca!... ¡Perdónanos a todos! ya que... ¡quién sabe si estará reservado a algunos más, el castigo de ser víctimas también, de sus propias culpas!

HUBERTO DOMINGUEZ

NOTA.—La colocación de este artículo debió ser a continuación del titulado «Correspondiendo a un ruego» como comprenderán los lectores con su buen juicio.

Necesidades del ajuste nos obliga a variarlo de sitio.



Laboratorio «REZALVA»

DE

Gregorio Alvarez

Farmacéutico

ALMAGRO

VARIOS PREPARADOS EXPERIMENTADOS MAS DE 25 AÑOS, Y POR SUS RESULTADOS HAN SIDO ACEPTADOS POR LA CLASE MEDICA

TOSFERON JARABE DE BUEN RESULTADO en los ESTADOS AS-
MATICOS, CATARRALES y TOSES REBELDES

TOSFERON GOTAS CURA O MODIFICA la TOSFERINA y EFICAZ
EN LAS DIVERSAS TOSES EN LOS NIÑOS

SELLO REZALVA UN BUEN ANTINEURALGICO Y CALMANTE DE
LOS DOLORES PERIODICOS, MUELAS
Y ESTADOS NERVIOSOS

DULCINA y AZUCAR de CEREZAS

DOS PURGANTES DE USO POPULAR, POR SUS BUENOS
EFECTOS Y GRATO AL PALADAR